

cosas en sí, y así lo hace si está dispuesta la materia, y si no, él la va disponiendo para ello: así, si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos á los otros, y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decía San Pablo: "Deseo que todos seáis como yo soy (1);" y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que lo sean. No está ociosa la caridad, porque es un fuego que nunca está quieto, sino siempre bullendo: siempre obra grandes cosas la caridad, dice San Gregorio (2); y si no hay esas obras, ó no habrá caridad, ó á lo menos no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar á los prójimos; porque de aquí nace el aplicarse uno mucho á sus ministerios y el andar siempre deseando y buscando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos á eso por fuerza, que nos habíamos de avergonzar de eso, sino que nos hallen siempre á punto, y que antes nosotros deseemos hacer mucho más de lo que se ofrece. Y en esto va mucho; porque bien se ve que, cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado. Y así importa mucho tener este celo, porque con él andamos vivos y sin él muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar á los prójimos y aun el hallarlos también, porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice San Buenaventura: "No hayais miedo que le falte que hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacer-

(1) Opto omnes, qui audiunt, hodie fieri tales, qualis et ego sum. Act. XXVI, 29.

(2) Caritas magna operatur, si est; si autem non operatur, magna non est. Gregorius.

lo (1). Si no tuviere que hacer en casa, él lo irá á buscar fuera; y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y á la cárcel, á donde lo hallará. Siempre tendrán que hacer los operarios que tuviere este celo: por eso los llama la Escritura unas veces cazadores. Dice Dios por Jeremías: "Yo les enviaré muchos cazadores que saquen la caza de los agujeros y vivares (2)." Otras veces los llama pescadores, porque no aguarda el pescador que se le vengán los peces á las manos, sino él los va á buscar y los arma con diversas maneras de ingenios y con cebos particulares y esquisitos; y pues el demonio es tan diligente para perder las almas, razón será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo, todo se hace fácil; véncense todas las dificultades, ningún trabajo se pone delante. San Dionisio Areopagita á este celo parece que atribuye el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los trabajos y dolores de su Pasión. Dice (3) que el coraje que tenía contra el pecado le ayudó en esta batalla, y trae para esto aquello del Profeta Isaias: "Yo pisé solo en el lagar, y de la gente ninguno había conmigo; los pisé con mi ira, y mi indignación me ayudó (4)." La ira é indignación que tenía con el pecado, esa, dice, que le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace también la ferviente oración que no se aparta de

(1) Ubi autem talis inest affectus, illic necessario non deerit subventionis effectus, quantum patitur opportunitas. Bonav. processu 3, Religionis cap. 17.

(2) Ecce ego mittam eis multos venatores. Et venabuntur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum. Jer. XVI, 16.

(3) Dionysius Areop. cap. 4 de Divinis Nominibus.

(4) Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum; calcavi eos in furore meo et conculcavi eos in ira mea, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi. Isaias LXIII, 3 et 5.

Dios hasta haber negociado: como leemos de muchos Santos que se ponían de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar á Dios con su oración.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio se cuenta en su vida (1), que estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una muger con quien vivía mal, y no pudiese por ninguna vía desasirse de ellos, se fué un día á esperarle fuera de la ciudad; y sabiendo que había de pasar por junto una laguna ó charco de agua, yendo á donde le llevaba su ciega y torpe afición, entróse San Ignacio dentro del agua frigidísima, hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo á grandes voces: "Anda, desventurado, anda y vete á gozar de tus sucios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte, ni el azote que te aguarda y á toda furia va á descargar sobre tí? Anda, que aquí estaré yo atormentándome y haciendo penitencia por tí hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra tí tiene aparejado." Espantado el hombre con tan señalado ejemplo de caridad, paró, y herido de la mano de Dios volvió atrás confuso y atónito, y apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que estaba cautivo.

CAPITULO XII.

De tres cosas que nos ayudarán á tener este celo.

Fuera de lo dicho, tres cosas especialmente nos ayudarán mucho para tener este celo y desear y procurar con mucha diligencia la salvación de las almas. Lo prime-

ro y principal será ver lo mucho que amó y estimó el Hijo de Dios las almas, pues dió su sangre y su vida por ellas (1), y la tuvo por bien empleada. Sangre de Cristo en la tierra, gran señal es del valor de un alma, y de la estima que de ella tiene Dios, y del amor con que la ama. Esto es lo que nos ha de mover y animar á andar siempre con este celo y con esta solicitud en nuestros ministerios y que se nos vaya el corazón tras las almas procurando su salvación: "La caridad de Cristo nos compele," decía San Pablo (2); la caridad nos ha de estar solicitando y compeliendo siempre á eso. ¿Cómo no daremos nosotros la sangre por aquel por quien el Hijo de Dios dió la suya? ¿Y cómo no daremos la vida por aquel que murió por darnos á nosotros vida? Que no se puede sufrir que muera Dios por un alma, y que la vea yo irse á perder y caer en el infierno y que la pueda ayudar y no lo haga; no lo puede sufrir eso la caridad. Háenos de ir el corazón tras las almas, y ese ha de ser el mayor de nuestros cuidados, como lo era del Apóstol San Pablo, el cual entre todos los trabajos exteriores que padecía, que eran muchos (3), lo que más cuidado le daba, y le traía más afligido y congojado, era la solicitud de las iglesias y de las almas (4).

San Agustín sobre aquellas palabras de San Juan: "Jesus, pues, fatigado del camino se sentó así sobre la fuente (5)," dice (6), que con mucha razón se compara

(1) Pro quibus Christus mortuus est. I. ad Cor. VIII, 11.

(2) Caritas enim Christi urget nos. II. ad Cor. V, 14.

(3) In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequentior. II. ad Cor. XI, 23.

(4) Praeter ea, quae extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum. Ib.

(5) Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. Joann. IV, 6.

(6) Aug. tract. 15 sup. Joann. et. VII. d. 11.

(1) Lib. 3, cap. 2 de la Vida de nuestro P. S. Ignacio.

Cristo á la gallina (1); porque las demas aves no las conocereis si son madres, ni si tienen hijos, sino es cuando las veis en sus nidos sobre sus pollitos; pero la gallina párase tan macilenta y tan flaca cuando cria, tiene aquellas alas tan caídas, está tan crespa y despeluzada, y tan ronca y descaecida, que aunque no la sigan los pollos, luego conoceréis que es madre. Asi dice San Agustin que andaba Cristo nuestro Redentor en busca de las almas, enflaquecido, fatigado y cansado: pues asi nosotros habemos de tener tanto celo de las almas y andar tan solícitos y cuidadosos de criar hijos espirituales que nos traiga eso flacos, desvelados y olvidados de todas nuestras comodidades, como lo vemos en Cristo que, aunque fatigado del camino y de la hambre, con todo eso no quiso comer, teniendo mas cuenta con la salud de las almas que con el mantenimiento necesario del cuerpo. Y asi, diciéndole sus discípulos que comiese, respondió: «Yo otro manjar tengo que comer que vosotros no sabeis (2); presto vereis venir convertidos los samaritanos. Este es mi manjar, la conversión de las almas: ese ha de ser tambien el nuestro.»

El P. Maestro Avila trae otra buena consideracion para movernos á este celo. Dice (3) que, aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor nos hace no busca ni quiere retorno, porque lo que da, por amor puro lo dá; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da de la cual no lo quiera, no para provecho suyo, pues es riquísimo y Señor de todas las cosas y de ninguna tiene necesidad (4),

(1) Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluit? *Math.* XXIII, 37.

(2) Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis; levate oculos vestros, et videte regiones; quia albaesunt jam ad messem. *Joann.* IV, 32 et 35.

(3) P. M. Avila c. 96 del *Audifilia*.

(4) Tu, Dominus universorum, qui nullius indiges. *II. Mach.* XIV, 35.

sino para provecho de los prójimos, que tienen necesidad de ser amados y socorridos. Declara esto con una buena comparacion: asi como si un hombre hubiese prestado á otro muchos dineros y héchole otras muchas buenas obras, y le dijese: «de todo esto, que por vos he hecho, no tengo necesidad; mas todo el derecho que contra vos tenia, lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es necesitado, ó es mi pariente, ó criado; dadle á él lo que á mi me debeis y con ello me doy por pagado;» de esta manera habemos de mirar nosotros al prójimo: habemos de entrar en cuenta con Dios, y mirar lo mucho que yo he recibido de su mano, que me crió y redimió con su propia sangre; cuántos beneficios particulares me ha hecho; no castigándome por mis pecados, esperándome á penitencia, dándome bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar; y luego habemos de hacer cuenta que todas estas deudas y obligaciones las cede y traspasa Dios en los prójimos y que se da por pagado con el servicio y buenas obras que les hiciéremos á ellos. De esta manera arderá en nuestro corazon este celo y amor de los prójimos: lo uno, considerándolos como á hijos adoptivos de Dios y hermanos de Jesucristo nuestro Redentor, que dió por ellos su sangre y su vida. Y lo segundo, mirándolos como á acreedores en que cedió y traspasó Dios lo mucho que á él debiamos por tantas y tan innumerables mercedes como nos ha hecho.

Ayudarános tambien para esto considerar que no podemos tomar mejor medio, para satisfacer por las muchas ofensas que nosotros habemos hecho contra Dios, que ayudar y ser instrumentos para que otros le dejen de ofender y le sirvan de ahí adelante muy de veras, conforme á aquello del Apóstol Santiago: «El que hiciere que se aparte el pecador del error de su camino,

librará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados (1).» Y notó esto muy bien San Agustin (2) sobre aquello de San Lucas, cuando Cristo nuestro Redentor sanó á quel hombre de la legion de demonios que le atormentaban; dice el Sagrado Evangelio, que viéndose sano, en agradecimiento del beneficio recibido quiso quedarse con Cristo, y él no lo consintió, sino mándale que vaya á predicar y publicar las mercedes (3) que el Señor le habia hecho. Y asi lo hizo, y fué por toda la ciudad publicando cuanto bien le habia hecho Jesus (4). Eso es lo que el Señor quiere de vos en recompensa y satisfaccion de la merced que os ha hecho en sacaros del mundo y de tantos peligros como en él hay, que ayudeis vos á que otros salgan de pecado y sirvan de todo corazon á Dios nuestro Señor.

CAPITULO XIII.

Cuál es el bueno y verdadero celo que agrada á Dios, y cuál no.

Asi como hay algunas que parecen virtudes, y no son verdaderas virtudes, sino falsas y fingidas, como el Sábio dice (5) de la humildad (hay algunos que parecen humildes, y no lo son: traen vestidos viles, andan la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablan con voz humilde, suspiran muchas veces, y á cada palabra se llaman miserables y pecadores; y si les tocais con una

palabra liviana, luego muestran lo que hay allá dentro, porque todo aquello era compuesto y fingido); asi tambien dice el Apóstol que hay algunos celos que parecen buenos, y no son sino indiscretos: «Celo tienen, pero no segun ciencia (1).» Tal fué el celo que tuvieron los discípulos de Cristo, Santiago y San Juan, cuando viendo que no les querian recibir los samaritanos, se indignaron mucho contra ellos y dijeron: «Señor, ¿quereis que mandemos que baje fuego del cielo y los abrase y consuma á todos (2)?» Y asi les reprendió el Redentor del mundo, diciendo «No conoceis el espíritu de la Ley de Gracia, que no es de rigores y castigos. El Hijo del Hombre no vino á destruir los hombres, sino á salvarlos (3).» Pues para que no erremos en una cosa de tanta importancia, declararemos aquí cuál sea el celo que no es segun ciencia, y cuál el bueno que agrada á Dios, para que procuremos este y nos guardemos de aquel.

San Dionisio Areopagita trata este punto muy bien. Dice (4) que asi como á los ciegos que no atinan ni saben por donde han de ir, no les damos por eso de palos, ni nos enojamos contra ellos, sino antes los tomamos de la mano y los guiamos, compadeciéndonos de ellos: asi habemos de hacer con los pecadores, que son ignorantes y ciegos, como dice el Profeta Sofonias (5). No habemos de querer luego apalearlos y que sean castigados y destruidos, sino compadecernos de ellos, y enseñarles el camino de la verdad, y guiarlos,

(1) Qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus a morte, et operiet multitudinem peccatorum. *Jacob.* V, 20.

(2) Aug. lib. 2 *quaestionum Evangelicarum*, *quaest.* 43.

(3) Redi in domum tuam, et narra quanta tibi fecit Deus. *Luc.* VIII, 39.

(4) Et abiit per universam civitatem praedicans quanta illi fecisset Jesus. *Ibid.*

(5) Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo. *Eccles.* XIX, 23.

(1) Testimonium perhibeo illis, quod aemulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. *Ad Rom.* X, 2.

(2) Domine, vis dicimus, ut ignis descendat de caelo, et consumat illos? *Luc.* IX, 54.

(3) Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare. *ib.*

(4) Dionisius Areopag. *epist.* 8 *ad Demophilum*, *de mansuetudine, et benignitate.*

(5) Ambulabunt ut caeci, quia Domino peccaverunt. *Sophonias* I, 17.

y ayudarlos con mucho amor y caridad, imitando á Cristo nuestro Redentor que andaba á buscar por los montes la oveja descarriada y perdida (4); llamándola y dándole el silvo: y hallándola, no le tira el cayado, sino tómalala sobre sus hombros y tráela á su rebaño. Miradlo en el hijo pródigo, cómo se hubo con él y las entrañas con que le recibió. Ese es el buen celo y según Dios; y esotros celos é indignaciones contra los pecadores, no son buenos ni agradan á Dios, porque no son conforme á su condición y entrañas.

Trae San Dionisio á este propósito un ejemplo muy bueno y de mucho consuelo que le aconteció á San Carpo, varón de muchas revelaciones y que no se llegaba á celebrar sin primero tener revelación de ello. Dice que este Santo le contó que, habiéndose uno convertido poco había á la fe de Jesucristo, un infiel se le pervirtió; y tomó el Santo tanta pena y tristeza de esto, que de congoja enfermó. Esto era á la tarde, y allá cerca de media noche, él tenía costumbre de levantarse á aquella hora á alabar á Dios. Y levantóse con aquel celo y enojo que tenía de los dos; del infiel, porque había pervertido al nuevo cristiano; y del cristiano, porque se había vuelto á la infidelidad: y puesto en oración comienza á quejarse á Dios, diciendo: «No es justo que los malos vivan: ¿hasta cuándo los habeis de sufrir? Enviad, Señor, fuego del cielo que los abraze.» Estando él en esto, dice que súbitamente le pareció que toda la casa en que estaba había temblado, y de arriba á bajo se había abierto en dos partes, y que vino un fuego muy grande que llegaba desde allí hasta el cielo: y arriba, de otra parte del fuego, allá en el cielo, vio á Jesucristo acompañado de innumerables ángeles; mirando hácia bajo, vio la tierra

(1) Lucac XV, 4.

abierta, y una profundidad y oscuridad muy grande que llegaba hasta el infierno, y ponía grande horror y espanto: y dice que le parecía que aquellos dos, con quien él estaba indignado, estaban juntos en aquella abertura de la tierra, temblando y ya para caer, y que salían de allá abajo unas serpientes muy fieras, y que unas veces, revolviéndoseles y enroscándoseles á los pies, otras con los dientes y con otros visajes y meneos procuraban hacerles caer y echar en el profundo: y entre las serpientes andaban también unos hombres negros, que procuraban lo mismo, unas veces tirando de ellos, otras dándoles empujones. Y dice San Carpo que como él estaba tan indignado contra ellos y había pedido á Dios que bajase fuego del cielo que los consumiese, que se holgaba de verlos en aquel peligro, y que le pesaba mucho y se enojaba mucho porque no acababan de caer, que parece que quisiera él ir á darles un empujón. En esto vuelve los ojos al cielo, y ve al misericordiosísimo Jesús que, apiadándose de ellos y del gran peligro en que estaban, se levantó de su trono celestial, y acompañado de los ángeles baja á donde estaban aquellos miserables, y dáles su mano para sacarlos de aquel peligro, y recibenles los ángeles en su compañía: y vuelve Jesucristo á San Carpo, que les quería dar el empujón para que acabasen de caer, y dicele: «Estiende la mano y hiéreme á mí, porque dispuesto estoy para tornar á padecer y morir otra vez por los pecadores. ¿No te parece que es mejor estar en mi compañía y de los ángeles, que en compañía de las serpientes y de los demonios (1)?» Con esto desapareció la visión, y quedó este santo varón bien corregido de su indiscreto celo, y enseñado para adelan-

(1) Extenta jam manu percute me; quia iterum paratus sum pro peccatoribus pati.

te, y nosotros en él, para que entendamos que no agradan á Dios esos celos, porque no quiere él la muerte del pecador, que le han costado mucho los pecadores y son hijos de dolor (1). Engendrólos con grandes dolores en la cruz: costaronle su sangre y su vida, y así no quería que se perdiesen, sino que se convirtiesen y viviesen para siempre.

Estaba el Profeta Jonás muy triste y enojado (2) porque no enviaba Dios sobre los ninivitas el castigo que él había profetizado. Y dicele Dios: «¿Piensas que ese es buen celo? Péstate á ti de que se seque la yedra, por la cual no trabajaste, por un poco de sombra que te daba; ¿y no me pesará á mí de que se destruya una ciudad, en la cual solos los niños, que no tienen uso de razón, llegan á mas de ciento y veinte mil?» Es también maravillosa sentencia á este propósito la que dijo el emperador Constantino en el Concilio Niceno á un obispo llamado Acacio, que se mostraba muy duro en recibir á los que habían errado y se convirtieron en el Concilio (3). Dijole el religiosísimo y piadosísimo príncipe: «Oh, Acacio, pon la escala, y sube solo al cielo si puedes.» Otro santo varón, en otro caso semejante, dijo á uno que se mostraba muy rígido: «Si á vos os hubiera costado aquel vuestra sangre como costó á Cristo, vos le recogerades y recibirades en vuestro rebaño, y no le dejarades allá fuera á peligro de lobos.»

En el Éxodo (4) nos pone la Sagrada Escritura un ejemplo y dechado maravilloso del celo bueno y verdadero que han de tener los siervos de Dios. Tal ha de ser nuestro celo como el que tuvo Moisés cuando los hijos de Israel hicieron el becer-

(1) Benoni, id est, filius doloris mei. Gen. XXXV, 18.
(2) Jon. IV, 10.
(3) Hist. Eccles. part. 2, lib. 2, cap. 4.
(4) Exod. XXXII.

ro é idolatrarón. Pongéalo muy bien San Agustín (1). Había subido Moisés al monte á recibir de Dios la ley que había de dar al pueblo, y habiéndola ya recibido en dos tablas, hechas por mano de Dios y escritas también de su mano por entrambas partes, bajó del monte; y como halló que el pueblo había hecho el becerro, y le estaba adorando, enojóse tanto que hizo pedazos las tablas que traía en las manos. Mirad, dice San Agustín, cuán grande enojo tomó Moisés por el pecado del pueblo, pues quebró las Tablas de la Ley que acababa de recibir de Dios, hechas y escritas por su mano, y dadas con tanta solemnidad y con tantas preparaciones, despues de haber estado cuarenta dias y cuarenta noches en el monte ayunando y tratando con Dios: pues con ser su ira y enojo tan grande como esto contra el pecado, con todo eso se vuelve luego á Dios á rogar por el pueblo, y con tanta constancia, que le dice que les perdone, ó sino, que le borre á él de su libro. Pues de esa manera, dice el Santo, ha de ser el celo de los verdaderos ministros de Dios. Hemos de ser tan celosos de su honra que por una parte nos lleguen al alma las ofensas hechas contra su Divina Magestad, y así nos enojemos mucho contra el pecado; y por otra parte habemos de ser tan compasivos y misericordiosos con los pecadores, que luego nos pongamos de por medio para aplacar á Dios y para alcanzarles perdon, como lo hizo Moisés.

Semejante ejemplo leemos también del Apóstol San Pablo. Por una parte tenía el Apóstol grande tristeza y dolor por los pecados de su gente, porque tenía grande odio y aborrecimiento al pecado; y por otra tenía tanta compasión y tanto deseo de su bien, que dice que deseaba ser anatema

(1) Aug. quaest. 94, sup. Exod.

por su salvacion (1). Muchas esplicaciones dan los Santos á esto de Moisés y de San Pablo. San Gerónimo lo declara (2) que se entiende de la muerte corporal: dice que deseaban estos Santos derramar la sangre y morir muerte corporal, porque los otros viviesen vida espiritual y se salvaran. Y prueba San Gerónimo que *anathema* en la Sagrada Escritura muchas veces se toma por la muerte corporal. Pero dejadas otras declaraciones, el bienaventurado San Bernardo da una muy tierna y regalada, como él suele. Dice (3) que habla allí Moisés con afecto y amor de padre, ó por mejor decir, de madre amorosísima, á la cual ninguna cosa le pueda dar contento, si echan fuera á sus hijos, que no participen y gocen tambien de ella. Decláralo con este ejemplo: Si un hombre rico convidase á una muger pobre, y la dijese: «entra tú á comer conmigo; pero ese niño, que traes en los brazos, hásele de dejar allá fuera, porque llora y nos dará pesadumbre.» ¿Por ventura esta muger aceptaria el convite con esa condicion? No por cierto. Antes escogeria ayunar que dejar tal prenda. O ha de entrar allá tambien mi hijo, ó sino, no quiero vuestro convite. Pues de esa manera habla Moisés, dice San Bernardo; no quiere entrar solo en el gozo de su Señor y que quede fuera el pueblo de Israel, á quien él amaba como á hijos.

Pues este afecto de madre, y estas entrañas de compasion y de amor, son las que agradan mucho á Dios, y de esa manera ha de ser nuestro celo. Y una de las virtudes

(1) Veritatem dico in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto, quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo. Optabam enim ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis, qui sunt cognati mei secundum carnem, qui sunt Israelitae. *Ad Rom.* IX, 1.

(2) Hieron. in epist. ad Algassiam, quaest. 9; et sup. Joannem, cap. 1.

(3) Bernard. serm. 12 super Cant.

que mejor le están al obrero de Dios, es esta compasion de las almas que están tiranizadas del demonio. Y asi dice el Apóstol San Pablo que nos vistamos de estas tiernas entrañas de misericordia, como Santos y escogidos de Dios (1), para parecer mucho á la condicion de Dios y á aquel Pontífice grande que nos dió, del cual dice el mismo Apóstol: «El Pontífice que tenemos no es tal que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades (2).» Compadezcámonos de nuestros prójimos como Cristo se compadeció de nosotros. San Ambrosio, en el libro segundo de Penitencia, no pide otra cosa á Dios sino que le dé esta ternura y compasion acerca de los pecados. Y dióselo Dios tanto, que escribe Paulino de él en su vida, que lloraba con los que venian á confesarse y le declaraban sus miserias. Con esto se ganan mas los penitentes que con rigores y celos indiscretos; porque aquel amor que el confesor muestra al penitente, compadeciéndose de él y sintiendo su trabajo y miseria, le roba el corazon y le mueve mucho á que él tambien le ame y le cobre mucha aficion; porque no hay cosa que mas mueva á uno á amar, que ver que es amado; y cualquiera cosa que le digais con este amor, se le imprime en el corazon; y aunque mas le reprendais de esa manera, no se exaspera, porque lo toma como de padre verdadero. Y asi dice San Basilio (3) que han de ser todas nuestras reprensiones, que entienda el otro que nacen de entrañas de amor (4) y del deseo que tenemos de su bien y salvacion. Esto es saber mezclar el óleo y el vino, que dice el Sagrado Evangelio en la parábola del

(1) Induite vos ergo sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordiae. *Ad Colos.* III, 12.

(2) Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris. *Ad Heb.* IV, 15.

(3) Basil. in Regul. brevior. interrogatione 184.

(4) Tanguam si nutrix fovcat filios suos. *I. ad Tessal.* II, 7.

Samaritano (1); que sepais mezclar y templar el vino fuerte de la reprension con el aceite blando y suave de la compasion y misericordia, porque eso cura muy bien las llagas y las sana; y esas otras indignaciones y reprensiones ásperas y desabridas, no solo no aprovechan, sino dañan y ahuyentan los penitentes, no solo de vos, sino de la Compañía, porque piensan que los demas son tan desgraciados y tan mal acondicionados como vos. Trae San Bernardo (2) á este propósito aquello de José, que estaba reprendiendo á sus hermanos y no podia contener las lágrimas (3). Mostraba bien que las palabras de reprension no nacen de indignacion, ni de ira, sino de un corazon tierno y amoroso.

Para tener este corazon y entrañas tiernas y compasivas de los pecados de nuestros prójimos, y no nos indignar, ni airar por eso contra ellos, ayudará mucho una consideracion muy buena, que trae el P. maestro Avila (4). De dos maneras se pueden mirar los pecados de los prójimos: la primera, como ofensas ó injurias hechas á Dios; y de esta manera mueven á ira é indignacion y deseo de castigo: la segunda, como mal de nuestro hermano; y si de esta manera se miran, no mueven á ira, sino á compasion, porque ningun mal les puede venir á los hombres que tanto daño les haga como el pecado, y asi ninguno es materia tan propia de compasion y misericordia, mirándola de esta manera; y cuánto uno mas ha pecado, tanto mas provoca á compasion, porque se ha hecho mayor daño y tiene mayor mal; como las injurias y malas palabras del frenético no nos mueven á ira, sino á misericordia y compasion, porque

(1) Infundere oleum, et vinum. *Luc.* X, 34.

(2) Bernard. serm. 12 sup. Cantica.

(3) Non se poterat ultra cohibere Joseph. *Gen.* XLV, 1.

(4) Maestro Avila, c. 21 del *Audiencia*.

B. del G., tomo XV.—II.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. II.

las consideramos como mal y enfermedad del que las dice, y no como injurias nuestras. De esta manera al mismo Dios mueven nuestros pecados á compasion y no á ira, cuando los mira con misericordia, no como á ofensa suya, sino como mal y miseria nuestra. Pues de esta manera habemos de mirar nosotros los pecados de nuestros prójimos, como mal y daño suyo, para compadecernos de ellos; como querriamos que Dios mirase los nuestros, no con ira y justicia para castigarlos, sino con misericordia y compasion para perdonarlos y remediarlos: y ese será buen celo y segun el corazon de Dios, que es misericordioso y hacedor de misericordias.

CAPITULO XIV.

De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas y no en lo exterior que se parece de fuera.

Uno de los principales avisos que dan los Santos y maestros de la vida espiritual á los que tratan con prójimos, es, que pongan los ojos en las almas y no en los cuerpos ni en la apariencia exterior. Hay algunos, dice San Bernardo (1), que miran á lo exterior y ponen los ojos en los bien agestados y bien dispuestos, y en los que andan bien tratados y bien aderezados, y á esos se inclinan y huelgan de tratar; pero los que tienen los ojos sanos no miran sino lo interior del alma, la cual no es mas hermosa en el cuerpo hermoso que en el feo; si en el cuerpo hermoso no fuere mas santa que en el feo. Mas asi en el feo como en el hermoso, es ella hermosísima si no estuviere afeada con pecados; y tanto es mas hermosa, cuanto estuviere mas pura y

(1) Bernard. de ordine vitae, et morum institutione.

limpia de pecados y mas adornada de virtudes y dones celestiales. De ninguna cosa aprovecha la hermosura visible del cuerpo, si falta la hermosura invisible del alma: aquella es comun al hombre con las cosas inanimadas y con los brutos animales, mas esta con los ángeles. Pues habemos, dice San Bernardo, de entrar allá dentro y poner los ojos en el alma, que es la que fué hecha á imágen y semejanza de la Santísima Trinidad, y considérala como templo vivo del Espiritu Santo y miembro de Cristo, y como toda bañada en su sangre, comprada y redimida con su vida, condoliéndonos, si la vemos disforme y afeada con el pecado, y sintiéndolo con grande compasion, si vemos en ella perdido el precio tan caro que costó al Hijo de Dios. Y del cuerpo y de todo lo exterior, habémonos de abstener lo posible y no hacer de él caso mas que de un costal de estiércol y un saco de inmundicia y un muladar cubierto de nieve, ó un sepulcro blanqueado por de fuera, porque eso es este cuerpo nuestro. Y en tanto grado quieren que guardemos esto y que andemos en ello con tanto cuidado y recato, que dice Gerson: «No solo no ha uno de atender si el penitente ó aquel con quien trata es bien ó mal agestado; pero ni aun ha de atender, ni hacer reflexion en si es hombre ó muger (1),» sino poner solamente los ojos en las almas y en el remedio de ellas, abstrayendo de todo lo demas y no haciendo caso de ello, porque en las almas no hay estas diferencias.

Este aviso es de mucha importancia; lo primero, porque de esa manera nuestro amor será espiritual y de verdadera caridad en Dios, y por Dios, y para Dios puramente; y esotro es amor carnal, y sen-

sual, y muy peligroso. Lo segundo, importa tambien mucho este aviso á los que tratamos prójimos, para animarnos á nuestros ministerios y para ejercitarlos como debemos, acudiendo de tan buena gana al pobrecito y al desamparado, como al rico y poderoso; pues tanto le costó á Dios el alma del pobrecito que está en el hospital, y del desamparado que se viene á confesar, como la del caballero y del que anda muy bien tratado. San Ambrosio trae á este propósito el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, del cual leemos en el Sagrado Evangelio (1) que no quiso ir á casa del Régulo á curar á su hijo, pidiéndoselo su padre; y yendo él mismo en persona á suplicárselo, porque no pareciese que se movia por ser rico y principal, asi el enfermo como el que se lo pedía (2). Y por otra parte vemos que se ofreció á ir á casa del Centurion á curar un criado suyo (3), no habiendo venido el mismo Centurion en persona á suplicárselo, sino que se lo envió á pedir por terceros; porque no pareciese que, por ser el enfermo un pobre mozo, se desdenaba de ir allá. Dice San Ambrosio que esto hizo para darnos ejemplo á nosotros cómo nos habemos de haber con los prójimos, no poniendo los ojos en los ricos, ni en los nobles, ni en los bien tratados, sino solamente en las almas. Tras esas se nos han de ir los ojos y el corazón, acudiendo tan de buena gana al pobrecito, y al mozo de caballos, y al esclavo, como al caballero y al señor; porque delante de Dios el siervo y el libre, el criado y el señor, todo es uno, como dice San Pablo (4); y asi murió Dios por el uno como por el otro, y por ventura ama y estima mas al pequeño que al grande.

(1) Joann. IV, 47.
 (2) Ne in Reguli filio videretur magis divitiis detulisse, Ambr. lib. 5 sup. Lucam.
 (3) Jesus autem ibat cum illis. Luc. VI, 7.
 (4) Ad Galat. III, 28.

(1) Non solum non attendant discretionem formarum, sed neque discretionem sexuum. Gerson.

Y si nuestro amor fuese muy puro y muy espiritual, antes nos inclinariamos y aplicariamos á confesar y tratar al pobre que al rico, y al bajo que al grande, por muchas razones: lo primero, por imitar el ejemplo que de esto nos dió Cristo nuestro Redentor, como habemos dicho. Lo segundo, porque en esos pobrecitos y bajos resplandece mas la imágen de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza, como dice el Apóstol (1). Lo tercero, porque de esa manera estamos mas seguros que buscamos á Dios en nuestros ministerios y que lo hacemos puramente por él; porque cuando tratamos con gente granada y lucida, muchas veces se nos mezclan respetos humanos y nos buscamos á nosotros mismos y nuestro gusto y estimacion: no es tan seguro ese trato, ni todas veces va tan puro ni tan limpio de polvo y de paja: algunas veces es vanidad lo que parece celo. Lo cuarto, porque asi nos conservaremos mejor en humildad. Lo quinto, porque por experiencia se vé que con estos se hace mas fruto que con esotros, y que estos son los que frecuentan mas las confesiones, y los que acuden mas á los sermones, y asi vemos que aun á Cristo nuestro Redentor esos eran los que mas le seguian y los que se aprovechaban mas de su doctrina. «Los pobres son doctrinados,» dice el Sagrado Evangelio (2). De los ricos y principales, cual ó cual: allá un Nicodemus, que era principal entre los judios, y aun de ese dice el Evangelista San Juan (3) que vino á tratar con Jesucristo de noche y escondidamente. Y mas, hay otra cosa que á la gente llana se les dicen mas llanamente las verdades, y se les reprende lo malo con

(1) II. ad Cor. VIII, 9.
 (2) Pauperes evangelizantur. Matth. XI, 5.
 (3) Hic venit ad Jesum nocte. Joann. III, 2.

mas libertad, y lo toman ellos mejor, y hace mas fácilmente el confesor lo que quiere de ellos: y con la gente granada, algunas veces hay algun encogimiento, y no se atreve tanto el confesor, y traga saliva para decirles lo que han menester, y muchas veces queda despues con escrúpulo y remordimiento de no haberse declarado mas y de haber condescendido y contemporizado con ellos. Y mas, con los señores gástase mucho tiempo, y en él se hace muy poco ó nada de provecho; pero con la gente llana en poco tiempo se hace mucho, porque se puede venir con ellos á las inmediatas, como dicen, y ser sustancia todo lo que se trata; lo cual no puede ser con los otros. Por esto, gente espiritual y desengañada, amiga de su propio aprovechamiento y de hacer mucho fruto, huyen cuanto pueden del trato de los señores y de los grandes, y lo tienen por grande carga: y es consejo este muy repetido de los Santos y conforme á aquello del Sábio: «Carga echa sobre sí, el que trata con hombre mas alto que él (1).» Y asi vemos que son alabados y estimados mucho en la religion los que se aplican á confesar al pobre y al negro, y á los criados y desarropados, y con mucha razon; especialmente que á esos otros yo aseguro que no falte quien les confiese; y si entre ellos hubiere alguno á quien os parezca que importa mas para el servicio de Dios acudirle, si sois humilde, habeis de pensar que eso hará mejor el otro Padre que está allí confesando y mas sin peligro suyo, y vos echad mano del pobrecito, que por ventura ha venido algunas veces y se ha ido sin confesar.

(1) Pondus super se tollet, qui honestiori se communicat. Eccl. XIII, 2.